

La pérdida de la divinidad infantil en *Metafísica de los tubos*

Valeria Flores Martínez

*Las únicas actividades de Dios eran la deglución, la
digestión y, como consecuencia directa, la excreción...
Ésta es la razón por la cual, llegados a este punto de su
desarrollo, llamaremos a Dios el tubo.
Amélie Nothomb, *Metafísica de los tubos**

Nacer puede significar el comienzo de la vida y, como paradoja de la misma, es el comienzo también de la decadencia. El humano a lo largo de la historia ha cometido el error de humanizar al ser que llama Dios, de darle un nombre, una historia, cualidades, deseos, cuando quizá la verdadera naturaleza divina se encuentre en la existencia, plena y eterna de satisfacción y, tal como debe ser para un Dios, esa satisfacción debe ser hallada en su existencia misma. El segundo error cometido por la humanidad es el de otorgar estas características divinas a otros seres, incluido él mismo.

Siguiendo la creencia religiosa, nacer significa pasar a otro plano de la existencia, uno mortal. Por lo que un recién nacido a la vez que es principiante en la existencia en ese plano, es de los seres más cercanos al plano divino. La protagonista de la novela, tal y como su naturaleza divina lo indica, es también un tubo. Nace sin otra acción (o deseo) más que respirar y alimentarse. Su vida sigue sin comenzar, tan solo su existencia es manifiesta. Pero eso cambia cuando un accidente mental¹ se presenta, de la nada un estallido resuena, el bebé aparentemente vegetal ha nacido por fin y su llanto nos revela la rabia que le inspira la vida misma.

En el instante en el que el accidente mental se hace presente, lo hace también la consciencia del ser: su tormento. Su llanto dura meses, no parece poder ser colmado con nada, la vida le pesa a este ser que no encuentra razón. Pero todo eso cambia cuando llega la causa de su primera certeza metafísica: el placer.

¹ Amélie Nothomb habla de una teoría de los accidentes, tanto como la evolución de los humanos como el mismo pensamiento como una casualidad, como una reacción de defensa a algo externo o algo secretado por cerebro.

Mi abuela me había llenado la boca de azúcar: de repente, el animal furioso había comprendido que existía una justificación a tanto aburrimiento, que el cuerpo y el espíritu servían para gozar y que, por tanto, no había que tomarla ni con el universo ni con uno mismo por el hecho de estar aquí.²

A continuación su vida cobra un significado distinto, ahora recorre el camino del descubrimiento, las certezas metafísicas son varias y todas quedan a la espera de ser encontradas por ella. La siguiente se hace presente junto con su desarrollo infantil: el lenguaje. Las cosas por sí solas carecen de importancia, cuando ella comienza a nombrarlas es cuando comienzan a adquirir significado, además todos a su alrededor parecen estar ansiosos por recibir su nombramiento. Sus padres se emocionan al extremo cuando son nombrados y, al contrario, aquellos que merecen su odio o que no saben apreciar su existencia son negados, por lo tanto, no existen, su existencia se acaba. «[...] hablar era un acto tan creativo como destructivo».³

Pero no solo esa certeza metafísica tuvo lugar en su existencia, también el hecho de que ella misma era Dios. Todo adquiriría sentido después de afirmarlo, su estado al nacer, la constante atención de los demás, su poder de nombramiento, y el lenguaje que habitaba en ella, las palabras en su cabeza no tenían límites, sus pensamientos podrían ser traducidos a palabras, y no solo a idiomas que fueran usados cerca de ella. Su lenguaje no tenía límites.

Ahí comienza también su incesante búsqueda de confirmaciones a su divinidad, comienza a alejarse de todos aquellos que no parecen comprender bien su naturaleza, busca la atención y la compañía de aquellos que le confirmen que es especial. Sus características divinas parecen no poder ser negadas, sin embargo, el ego mortal comienza a entremezclarse en ella. Su divinidad es una certeza contundente y, a la vez, su existencia mortal que parece querer negar rotundamente.

² Amélie Nothomb, *Metafísica de los tubos*, p. 33.

³ *Ibidem*, p. 43.

Cuando comienza a notar que su efecto divino no afecta a todos, no duda de su divinidad, al contrario, parece entonces entender que sus poderes, aunque efectivos, tenían también sus limitaciones. La noticia de la muerte de su abuela, la creadora de su primera certeza, conlleva otra, o al menos los indicios de otra, la muerte:

Y es que la muerte, como una madriguera, como una habitación con las persianas bajadas, como la soledad, es a la vez terrible y tentadora: uno siente que podría sentirse bien con ella... Eurídice es tan seductora que tendemos a olvidar por qué hay que resistirse a su influjo.

Y hay que hacerlo por la simple razón de que, en general, el trayecto es únicamente de ida. De no ser así, no sería necesario.⁴

Algo de lo que ella ya estaba bien informada, a diferencia de otros niños o de otras personas, pues tenía un historial muy cercano a la muerte: sus dos años de reposo la respaldaban, la entendía y la comprendía; sin embargo, le temía.

La protagonista seguía aferrada a su esencia divina, se encontraba con accidentes que ponían en peligro su mortalidad. El casi morir ahogada no significó para ella el hecho de que, efectivamente, era mortal, sino que la llevó a redescubrir su naturaleza con base en la historia de Jesús clavado en la cruz. Y otra certeza nació: su metafórica casi muerte en el mar la ayudó a acercarse más al agua, a desearla más, no solo encontraba cierta calma estando dentro de ella, sino que la ayudaba a definirse a sí misma, encontraba rastro de ella tanto en el lago como en la lluvia, y a su vez significaba el dualismo perfecto: el peligro y el alivio.

Pero el avance se daba, su desarrollo infantil lentamente llegaba a su fin y con ella la última gran certeza: «Existe el crecimiento y existe la decadencia; entre ambos no hay nada».⁵ Cuando la verdadera certeza llega, llega también la realidad, y comienza

⁴ *Ibidem*, p. 46.

⁵ *Ibidem*, p. 129.

a verse reflejada en su entorno, en lo mortal; quizá detestaba tanto todo aquello porque en realidad se reconocía en ello.

Una tentativa de suicidio se hace presente, una niña de tres años se lanza a una fuente y comprende así su plenitud, comienza aquí el verdadero camino: «El que debe morir ahogado morirá ahogado. La prueba es que mi madre me sacó del agua y ahora vuelvo a estar aquí».⁶ La reencarnación vuelve a estar presente, los niños acceden al mundo terrenal con recuerdos frescos del paraíso, pero son expulsados también; como no hay una diferenciación entre el crecimiento o el comienzo y la decadencia, no son conscientes del cambio. Son dejados en este plano con los recuerdos del otro, y cuando los deseos y demás necesidades mortales comienzan a crecer dentro de ellos, la confusión crece y se confunden naturalezas y realidades. El día que su naturaleza mortal es la manifiesta, la visible y la que domina dentro de ellos es cuando realmente comienzan a vivir, no solo a existir. La espera y el fatalismo que conlleva la muerte es la única vía que deseamos y que nos aterra, que nos llevará de nuevo a la verdadera naturaleza.

La protagonista, o tal vez la misma autora, nos plantea a través del libro la teoría del tubo. La existencia de Dios, e incluso su propia naturaleza no puede ser explicada más que por la constante creación y destrucción que se asemeja a un tubo. Del mismo modo los humanos somos echados al mundo, sin un aparente inicio y sin un final preciso, solo recorreremos la existencia para regresar al inicio.

Nacimos del tubo y en tubo nos convertiremos. La vida es solo el aplazamiento para volver a ser.



Fuentes

Nothomb, Amélie, *Metafísica de los tubos*, Anagrama, Barcelona, 2013.

⁶ *Ibidem*, p. 135.